

Estaciones de abril, de Octavio Uña

Presentación en la Casa de las Flores (Madrid)

Buenas tardes, queridos amigos de la literatura y de Octavio, a quien agradezco que haya contado conmigo para desgranar algunas consideraciones sobre su persona y su obra con ocasión de la aparición de la nueva edición, la tercera, aumentada, de su antología de poesía *Estaciones de abril*, publicada por la prestigiosa editorial Dykinson. Esta antología recoge textos de sus libros *Escritura en el agua*, *Edades de la tierra*, *Antemural*, *Usura es la memoria*, *Ciudad del ave*, *Labrantíos del mar y otros poemas*, *Cantos de El Escorial*, *Crónicas del océano*, *Puerta de salvación*, *Cierta es la tarde*, y algunos otros inéditos.

“Supongo que las flores, cuando han terminado de florecer, tienen algún tipo de conciencia de que un objetivo se ha cumplido. Las flores no piden ser flores y yo no pedí ser yo”. Viene a cuento este pensamiento del escritor estadounidense Kurt Vonnegut porque estamos en la Casa de las Flores y, porque, al igual que una flor, tengo también la conciencia de que después de tantos años me ha permitido el Destino subir a la palestra junto a mi maestro, el poeta, sociólogo y erudito Octavio Uña Juárez, castellano viejo de Brime de Sog, Zamora, en la presentación de uno de sus libros. Además de en Sociología, disciplina en la que es doctor, así como en Ciencias Políticas, por la Universidad Complutense, él es licenciado también en Filosofía y Letras, Psicología, Filosofía y Ciencias Humanas, por la ya citada Universidad, y en Teología por la de Comillas. Y muchos más son sus méritos académicos, que seguramente ya conoczan o, en caso contrario, podrían averiguar fácilmente, por lo que no voy a caer en su enumeración para no resultar prolífico.

Sí quiero, sin embargo, señalar que un escritor es, en primer lugar y, ante todo, un profesor; y que en mi caso Octavio, de formación agustiniana, lo ha sido de manera entrañable, porque fue mi preceptor más querido en el Real Colegio de Alfonso XII de El Escorial en aquel tiempo feliz en que, no obstante, nuestro internamiento, los chicos que habitábamos aquella octava maravilla del mundo le llamábamos cariñosamente Cicerón, por su elocuencia. Faltaban todavía muchos años para la película *El club de los poetas muertos*, con Robin Williams, pero podríamos decir ahora, desde la distancia del tiempo, que había algo también del entusiasmo de ese profesor en sus clases. En el caso de Octavio, este, todas las noches, antes de apagar las luces del gran dormitorio, nos dirigía

unas palabras, siempre admirables, con las que pretendía encauzar nuestros sueños adolescentes por el Mar de la Serenidad. Cito este mar de la Luna porque después, en 1987, Octavio publicaría un hermosísimo libro, “Cantos de El Escorial”, en el que hace una cerrada defensa de esa enorme piedra que es de Castilla y su sepulcro. Y dice en sus versos: “Si de Abantes rodara una noche la Luna, si sangraran los sueños de la dicha una noche...”. Cuántas noches, Octavio, sangrarían nuestros sueños en aquellas noches de El Escorial en que, sin duda, jugaríamos con la pelota de la Luna como pequeños gatos con madejas de lana.

Las alocuciones de Octavio tenían algo de marciales también, su mismo nombre, de origen latino, está vinculado a la fortaleza, al liderazgo y a la capacidad de guiar a otros. Al igual que Julio César en la guerra de las Galias ante sus tropas, Octavio nos arengaba frente a la futura batalla de la vida con sus discursos, proporcionándonos confianza en nosotros mismos. A Julio César sus soldados le adoraban, y nuestro Octavio/Cicerón tenía sobre nuestras mentes en desarrollo una ascendencia similar.

Mientras todo eso ocurría y luego ya nosotros dormíamos, Octavio se ejercitaba en el arte de la poesía, sacaba tiempo en su torre de la Botica, como un Fausto encerrado entre sus libros, como un alquimista entre sus redomas, para hacer crecer su alma. En aquellos años estaba trabajando en su primer libro: *Escritura en el agua*. Poco después vendrían *Edades de la tierra; Antemural. De una elegía por Castilla; y Castilla plaza mayor de soledades*.

Practicar un arte, con mejor o peor resultado, es una manera de hacer crecer el alma. Así que Octavio trabajaba y trabajaba, como un minero, en las galerías de la imaginación y del inconsciente, dentro del misterio de los túneles de la creación, a fin de rescatar del olvido esos tesoros ocultos con los que solo se tropieza cuando la oscuridad nos ciega con resplandores inefables. Y él los hallaba y convertía en palabras para sus libros. Los escritores son expresiones de la sociedad entera -como afirmó también mi querido Vonnegut- y cuando esta se encuentra en peligro hacen sonar la alarma. Las artes son el canario en la mina del carbón.

Para ser poeta -se ha dicho- hay que saber promover dentro de uno esos elementos, indiscernibles para los demás, que nos llevan a poseer el sentido de la identidad sobrenatural. La poesía se logra descubriendo ideas nuevas sobre sentimientos eternos, o sentimientos nuevos sobre ideas permanentes. Pero cada cual define la poesía como la

siente. Los falsos poetas, de los que están los espejos llenos, revelan su falsedad, en primer lugar, mirándose en su convexidad. El vidrio les devuelve una imagen ridículamente agrandada. Son esos poetas que Juan Ramón Jiménez llamaba desdeñosamente poetas universitarios y gramáticos. En España, desde luego, los vates abundan, aunque, como la historia nos demuestra, este vocablo -más bien un venablo- habría de escribirse en muchos casos con B, pues ya lo dijo Horacio: “Iberia ferax venenorum”: Iberia: fértil en venenos. Valga como ejemplo el de un Valle Inclán perdiendo el brazo a consecuencia de la fractura con minuta, y subsiguiente amputación, que le produjo el bastonazo de un poeta que para más inri se apellidaba *Bueno*.

En cualquier caso, la poesía es la más difícil de las artes. Como decía William Faulkner, quien es incapaz de escribir poesía intenta el relato, y quien tampoco se atreve con este opta, finalmente, por la novela. Para Li Po, el gran poeta chino, la Naturaleza escoge a los hombres más capaces de expresarse, los poetas, cuando la emoción los embarga, para hacer resonar sus emociones incontenibles.

Y así, Octavio, poeta escogido, irredento, ha venido haciendo resonar año tras año sus emociones incontenibles. Ya en Madrid, sigo teniendo noticia de él y de sus nuevos libros. De la década de los ochenta son *Usura es la memoria; Mediodía de Angélica; Ciudad del ave; Labrantíos del mar y otros poemas*; y *Cantos de El Escorial*, al que antes me referí; de 2003 es, en cambio, *Crónicas del océano*. Es entonces cuando empiezo a comprender la grandeza del universo simbólico de Octavio y la musicalidad de su poesía, de resonancias clásicas. Su obra, no obstante, viene imbuida de la nostalgia infinita de la tierra que le vio nacer, de sus recuerdos de infancia, de esa Castilla vertebrada por el gran Duero que ahora épocas de pasado esplendor: “Y así te habito yo, Castilla, llanto y río, pasión más alta al sueño y fiel espiga candeal que hacia el camino mira”, dice en un poema.

Octavio canta a Castilla en *Antemural*, en *Castilla, plaza mayor de soledades* y, como las flores que dije antes, no puede dejar de ser:

“Quiero yo ser y mismamente, quiero yo ser y nunca otro; solo tierra vidrial y ver pasar a César con sus ocho legiones y sus sangres”.

De nuevo aquí su afán de esencia, y efectivamente no podrá, como las flores, ser otra cosa que lo que es, aunque no lo haya pedido. Y de nuevo Roma y la sangre que mana de los sueños; César y la herencia del arado romano, y el adobe nacido de la arcilla, de la

arena y de la paja, que se convierte en paredes casi indestructibles. Porque Octavio no solo canta a la piedra, metonimia de Castilla, en El Escorial, sino también al adobe, humilde pero vigoroso. Octavio hunde en la tierra de su identidad las raíces de sus versos a fin de modelar ese lamento que le da sentido como hombre y como poeta. Estudiosos de su obra y de su persona, como Ángel Infestas Gil, lo expresan en términos parecidos.

“En sus arcas duermen tardes de gloria”, dice nuestro poeta en *Castilla, plaza mayor de soledades*. Octavio es notario de la decadencia de Castilla: agonía, muerte, abandono, ruina, vaciados sus pueblos. Pero no se rinde: “Como el olmo hundido por el rayo, que cantara Antonio Machado, también Castilla puede reverdecer y la nueva vida vendrá por la savia de su palabra”. “Sólo un poeta alumbrará a los naufragos”. ¿Puede haber una belleza mayor? Y sigue instando a no resignarse: “Levántate, Castilla, árbol, de una nueva memoria”, “gane la luz la frontera de lo nuevo con urgencia”. El poeta canta, clama como un solo Mester de Juglaría porque un nuevo destino para Castilla, compatible con su vieja nobleza, pueda perfilarse en el horizonte.

Octavio, de raíz unamuniana, es poeta de Castilla, del Escorial, de la piedra y del adobe que va de lo material a lo espiritual y capta lo invisible; es un filósofo que nos trae a la memoria nostalgias del tiempo pasado en que nos disolvemos, de ahí la reiteración del adjetivo “antiguo”, como advierte Leopoldo de Luis en su prólogo.

Octavio es un artífice de la palabra de gran economía expresiva, con poco dice mucho. Sus libros, y por lo tanto esta antología “estaciones de abril”, que recoge una selección de textos, están atravesados de historia, son poemas para degustar lentamente, a saborear como una copa de buen vino bajo la luna, como nos aconsejaría Omar Khayyán. Y la Luna está muy presente en la obra de Octavio. Son sus versos ánforas melancólicas que navegan por el Mediterráneo a encontrarse con Kavafis camino de Ítaca. Y es, su palabra, fuerte, sonoramente equilibrada, profunda e inmensa de conocimiento humano, cosmopolita, marítima y viajera a lo largo y ancho de los mitos. Llega incluso a los antípodas, atraída por la fascinación de Australia y Nueva Zelanda, donde vivió. Su voz es universal y magnífica. Y así, en “Luz Perpetua”, de “Crónicas del océano” dice: “viernes, ayer, por julio, copulaban azules los alisios y las aguas. Un sábado silencio. Y por la Pascua, será domingo luz: parto era el alba”. Poema de amor, este, que es toda una declaración de intenciones, pues mira tanto al presente, a vivir el día, como al futuro, convirtiéndose así en luz optimista. Es decir, parto era el alba, nacimiento, y la vida seguirá navegando por los mares de la palabra, quizás lo único que pueda salvarnos. De

ahí también el título del libro, del gran libro que recopiló en 2017 su poesía reunida desde 1976: *Iluminaria*, o sea luminaria en el sentido activo de “Ganar la luz”.

En “Remoto viaje”, de “*Labrantíos del mar y otros poemas*”, se duele así:

“Dicen que antiguamente por la mar venían dioses con su cortejo. Eolo y sus celajes a la fiesta de Creta. (Gades los vio pasar, rayos cometas en la noche, níveos al alba.) Dicen que antiguamente cada ola nombre y edad tenía, cada isla milagro cobijaba. Era de amor la mar: era Afrodita un dicho de la luz, salinamente un vuelo. Que llena de los dioses va la mar, mas hoy se esconden porque triste es el mundo”.

Del amor y de los dioses escribió, por cierto, Leopoldo Alas “Clarín”: “Todos los mandamientos se encierran en dos: en amar a Dios sobre todas las cosas y al Amor sobre todos los dioses”.

Y para terminar quiero hacer una reflexión en torno a la aparente contradicción de este poeta amante del mar y al mismo tiempo de las inmensas llanuras de Castilla, pues ¿qué son estas sino un mar de meses al viento por los que navegar con la imaginación? Tierra ancha de labrantíos, de lejanos horizontes que dan amplitud de miras a las mentes, que limpian los pensamientos al tostarlos al sol de los trigales, que los pulen con precisión de palabra esplendorosa. Por ese mar de espigas puede el poeta alcanzar, trasegando ánforas y versos, costas misteriosas, y convertir su experiencia en valiosa mercancía para el espíritu, como si de un rico mercader que se moviera al ritmo de los siglos se tratara. Así puede Octavio, desde sus queridos Duero y Tera, llegar con los remos de su palabra sólida y deslumbrante hasta ciudades de ensueño para describirnos su alma pública y sonora. Y así canta a Venecia o a Bizancio. Su mirada cruda, con sensibilidad exquisita, esos mundos, y capta lo sobrenatural, como antes sugerí, para convertirlo en argumento de poema.

“Huye siempre del mal, del siglo y tierra adentro. Huye a la isla o paraíso y verdeoliva vive. Bebe brillos del aire como antiguo vino y siéntate a la vera del mar a ver pasar los dioses”, dice, en un poema precioso. Y esto es lo que él hace. Y cuando ha disfrutado de ver pasar a los dioses un rato, y a César con sus legiones, vuelve al pueblo de su infancia, en Zamora, y se sienta otro poco a la sombra del adobe; siempre tejiendo, para compartirlos con nosotros, poemas que nos reconcilien con el Tiempo.

Muchas gracias. Ramón Jiménez Pérez. 19 de mayo de 2025